



EL ALARBE DE MARSELLA.

ROMANCE DE UN CABALLERO DE MARSELLA, QUE POR
haber muerto á su Padre, permitió la Magestad de Dios
que se viera en esta forma.

RAE

A la Celestial Princesa,
Madre del Divino Verbo
le pido me dé su gracia,
porque sin ella no puedo
mover mi rustica lengua,
ni dar á entender al Pueblo
lo que sucedió en Marsella
á un desdichado mancebo,
por sus torpezas, y vicios,
y sobrado atrevimiento.
En la Ciudad referida
residia un Caballero,

este tal tenia un hijo,
cuyo nombre no refiero,
mas diré que era un Alarbo,
segun lo dirán sus hechos.
Quando llegó á quinze años,
quiso vivir tan travieso,
que á sus Padres les perdia
los mas dias el respeto,
no por falta de doctrina,
porque su Padre un Maestro
tenia que le enseñara,
y él atrevido, y soberbio,

asi que se le antojaba,
solo por no estar sujeto
á la obediencia del Padre,
se salia de secreto
por una escusada puerta,
que habia detras de un huerto,
y al primero que encontraba,
sin temor á Dios eterno,
le quitaba por su gusto
la vida luego al momento.
De esta suerte mató quince
solo por un pasatiempo,
hasta que al fin una noche
permitted Dios verdadero
que esta maldad, esta infamia,
este grande atrevimiento
se descubriese, matando
á un principal Caballero,
que apenas le dió la muerte,
fue de la Justicia preso,
y á la carcel lo llevaron:
y su Padre con dinero,
y favores de otros nobles,
lo libró de aqueste riesgo,
y á su casa lo llevó,
dandole mil documentos,
y quando mas le exortaba,
mas se infundia en su pecho
la maldad, pues una noche
determinado, y resuelto,
le dió la muerte á su Padre,
 estándo el triste durmiendo,
y á un hermano que tenia
de siete años y medio;
de una cruel cuchillada
afuera le echó los sesos,
y á su madre dexó en vida,
por darla mas sentimiento,
atada de pies, y manos
en un obscuro aposento;
mas despues abrió las arcas,

7
y las fue reconociendo,
y el oro, y plata que habia,
joyas, y alhajas de precio,
lo puso en una maleta,
sin dejar ningun dinero,
y en un ligero caballo,
que atrrs se dexaba el vientre,
al amanecer el dia
se salió, dexando muertos
aquellos dos inocentes:
Jesus, qué notable yerro!
Y al cabo de poco rato
una muger de gobierno,
que cuidaba de la casa,
oyó los tiernos lamentos
de su dueña, y entró al punto
á favorecerla, y viendo
aquella fatal desgracia,
que ya referida tengo,
dió voces al vecindario,
y entraron todos, y luego
avisaron la Justicia,
la qual vino, y escribieron
por relacion de la Madre
la verdad de este suceso;
y al otro dia siguiente,
con muy grande desconsuelo,
los difuntos enterraron.
Dios que los tenga en el Cielo.
Y aquella fiera indomable,
con otros diez compañeros,
salteaban los caminos
robando los pasajeros,
y á muchos daban la muerte
para no ser descubiertos.
Llugaron tarde á una Venta,
y porque no les abrieron
las puertas, con ira, y saña,
para matar al Ventero,
le dieron fuego á la Venta,
y desde alli se partieron.

al Reyno de Cataluña
exercitando lo mesmo.
A una Doncella encontraron
con su Padre anciano, y ciego,
todos once la burlaron
sin temor á Dios Inmenso,
y despues á Padre; é hija
los arrojaron al fuego,
porque acabasen sus vidas
con el voraz elemento.
Pasaron mas adelante,
y encontraron un harriero
con dos cargas de tabaco,
al instante le prendieron
los mulos, y le dexaron
atado en un monte espeso,
y el tabaco, y los dos mulos
en un lugar los vendieron;
y en la posada que entraron
llegó un Mercader, y luego
que vieron tan buena presa,
dixeron al Mesonero:
Señor mio, aquesta noche
perdices en salmorejo
queremos para cenar,
y seis pares de conejos:
y le dieron dos doblones
para el gasto, y vaya bueno,
y entre tanto que la ceba
las mugeres compusieron,
con el Mercader trabaron
conversacion, conociendo
que traia mucha plata,
y con alevoso intento
cenaron, y se acostaron;
y quando estuvo en silencio
la casa, se levantaron
todos los once, y se fueron
al quarto donde dormia
el Mercader, y le dieron
la muerte alexosamente;

y despues quatro mil pesos,
que traia en las maletas
quitaronle, y se salieron
todos por una ventana,
y en un bosque se metieron,
donde pasaron el dia;
y apenas el manto negro
cendió la noche, ocultando
las luces el claro Febo,
enderezan su camino,
sin tener algun recelo,
y dentro de breves dias
á Marsella se volvieron,
y antes de llegar robaron,
de un Convento de San Diego
Caliz, Lamparas, Patenas,
con los demas ornamentos,
que en aquella Iglesia habia
para los cultos supremos.
Entró en Marsella una noche
con los demas de su gremio,
y á la casa de su madre
llamó á la puerta, y de presto
entró, y hallóla que estaba
tiernas lagrimas vertiendo
imaginativa, y triste,
y él atrevido y soberbio
quiso quitarle la vida;
pero le salió al encuentro,
que así que le vió su Madre,
arrodillóse en el suelo
delante de un Crucifixo,
estas palabras diciendo:
Permitid, Señor Divino,
por vuestro poder inmenso,
que en una forma espantable
vea yo este alarbe fiero,
sin que se pueda mover,
porque sirva de escarmiento
á todos quantos le vean:
oidme, Señor, atento:

pues ofendió tu grandeza,
y no contento con esto,
quitó la vida á su Padre,
sin temer al poder vuestro.
Esto dixo, y de repente
se transformó tan horrendo,
puesto en medio de la sala,
liado todo su cuerpo
de una espantosa culebra,
todo cubierto de pelo
con los dos pies de Caballo,
las manos de Leon fiero,
la cabeza de Dragon,
las orejas de jumento,
solo le quedaba el pecho
de hombre, pero vertiendo
por ojos, boca y narices
vivas centellas de fuego.
Del estado en que me hallo
vengan á tomar exemplo
los hijos inobedientes
á sus Padres, que por eso,
y haberle dado la muerte
á mi Padre, estoy ardiendo
en las mas ardientes llamas
del abismo del Infierno.
Y apenas le vió su madre
en aquella forma puesto,
cayó en tierra desmayada,
y recobrando el aliento,
llorando lagrimas tiernas,
al Autor del Universo
pidió que le perdonase

sus atroces desaciertos:
pero ya ardía en las llamas
de los abismos eternos.
Alborotóse la casa
los vecinos, y los deudos,
y todos los moradores
de la Ciudad acudieron;
y al ver vision tan horrible;
sin poder tomar aliento,
atónitos, y asustados
muchos en tierra cayeron:
Unos Santos Sacerdotes
conjuraron al momento
el espectáculo, y dando
un estallido tan recio,
que pareció se caian
los Astros del Firmamento,
desapareció, dexando
un olor tan pestilento
de azufre por la Ciudad,
que duró por mucho tiempo.
Los otros diez que quedaban
la quadrilla deshicieron,
y en Conventos diferentes
el Abito recibieron
del Serafico Francisco,
misericordia pidiendo.
A la enmienda pecadores,
pongamos al vicio freno,
y observemos la obediencia
á nuestros Padres, que en esto
quedaremos bendecidos
del Sacro Espiritu Eterno.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de Don Rafael Garcia
Rodriguez, Calle de la Libreria.